

RELACIÓN DE ENRIQUE DÍEZ-CANEDO CON LOS CRÍTICOS CONTEMPORÁNEOS

Enrique Díez-Canedo (1879-1944) ejerce como crítico profesional, en España, desde los primeros años del siglo xx hasta que estalla la guerra civil en 1936. Su labor en este campo es múltiple, tanto por los géneros y temas de los que se ocupa como por la multiplicidad de publicaciones en las que colabora: «El Sol», «La Lectura», «La Pluma», «España», «La Nación» de Buenos Aires, «La Voz», «Tierra Firme», Revista de Occidente». Todas publicaciones periódicas: diarios y revistas. Significa esto que Díez-Canedo hizo crítica periodística con las excelencias y limitaciones que conlleva porque, si bien el periódico tiene más poder de penetración y un mayor número de lectores, sobre todo de lectores no especializados, también impone al crítico limitaciones principalmente de extensión.

La generación de Díez-Canedo que vivió preocupada por llegar al pueblo, por captar lectores, es una generación eminentemente periodística. Si hacemos un análisis de los artículos de Canedo vemos que éstos tienen una extensión aproximada de cuatro a seis páginas de un libro cuyo texto ocupa 24 por 9 centímetros, es decir, son breves. Pero como a pesar de la brevedad el crítico tenía que ofrecer un análisis bastante rico en temas y en puntos de vista para satisfacer a la heterogeneidad de lectores resulta que cada cuestión que trata Díez-Canedo en sus artículos sólo ocupa hacia media página (véase gráfica adjunta)¹. Estas limitaciones pueden determinar la ruina de un crítico, cosa que no sucedió con Díez-Canedo, que lo suplió con una profunda intuición de los valores de la obra criticada y con una extensa cultura en todos los campos del saber.

1. La gráfica representa el número de temas que trata Díez-Canedo en cada uno de los artículos recogidos en la tercera serie de *Conversaciones Literarias* (México, Joaquín Mortiz, 1964).

Su crítica, por demás, intenta ofrecer un enfoque completo del autor, la obra o el tema objeto de su atención; pero desde presupuestos casi exclusivamente literarios. Las implicaciones morales, políticas o sociales que tanto preocuparon a otros contemporáneos suyos ocupan un lugar secundario en sus análisis críticos.

En un recuento que he hecho sobre 24 artículos, en 21 ocasiones habla de traducciones de libros y de traductores y en otras tantas emite juicios de valor sobre determinado autor u obra literaria. Se ocupa 17 veces de publicaciones de libros y revistas, 14 de cómo son, cómo actúan y cómo están concebidos los personajes de determinada obra, 13 de las características que mejor definen a un autor; y siguen los temas de: la literatura y el público, la crítica y los críticos, el argumento, el tema y los problemas que plantea una obra; la personalidad de un escritor, las semejanzas, diferencias e influencias entre escritores; y sólo en 7 ocasiones se plantea temas políticos y problemas sociales.

Por otra parte, el carácter periodístico que venimos comentando, determina que no haya entre sus artículos uno o varios que destaquen especialmente, sino que es el conjunto de todos ellos lo que define y muestra al lector de hoy el verdadero alcance del crítico. En consecuencia pensamos que no se debe buscar en las páginas de don Enrique un estudio sobre Galdós, Baroja, Azorín, o cualquier otro escritor de primera magnitud sino todo un ambiente, unas inquietudes y unos datos o detalles sobre escritores secundarios. Si algún día se hace una historia de lo que fue y significó la Novela Corta habrá que acudir, sin duda, a la crítica de Díez-Canedo donde aparecen, entre otros, los nombres de Antonio Hoyos y Vinent, Carmen de Burgos, Federico García Sanchiz, Eugenio Noel, Juan Pérez Zúñiga, Emilio Carrere, Felipe Trigo, Silverio Lanza, Andrés González Blanco, José María Carretero (El Caballero Audaz), y Rafael Cansinos Asséns. Tantos nombres y tantos detalles, para hacer lo que Unamuno llamaría la intrahistoria de la novela o de la literatura española, puede que sólo se encuentren reunidos en la obra crítica de Díez-Canedo.

Además del carácter literario y periodístico de sus artículos decíamos al principio que su labor crítica era *múltiple*. Sin ánimo de agotar el tema recordemos que fue traductor de las principales lenguas europeas, crítico de poesía, de teatro, de novela y que se ocupó no sólo de la Literatura española sino, entre otras(de la francesa, portuguesa, inglesa, rusa y muy significativamente de la hispanoamericana, con

una sensibilidad y un conocimiento de la materia casi únicos en la época².

Llegados a este punto de conocimiento de Díez-Canedo crítico, nos preguntamos cuál fue el tipo de crítica que hacían sus contemporáneos y qué relación personal o profesional mantuvo con ellos. Esta es la respuesta: con «Clarín», la Condesa de Pardo Bazán, Maeztu, Unamuno y Azorín, que son mayores que él, le unen lazos de simple conocimiento o de fuerte amistad.

Leopoldo Alas, «Clarín», se distingue por el rigor y la severidad, el carácter periodístico y polivalente con que ejerce el oficio de crítico. No escribe extensos tratados, como habían hecho Menéndez Pelayo o Valera, sino comentarios de actualidad sobre temas de literatura, historia, filosofía o política, en los que «Clarín» ejerce su función de escritor como un deber moral, como un magisterio público en el que pone frecuentes notas satíricas. Clarín hace una crítica ya casi científica. Continuando el enfoque de Flaubert estudia la obra en sí, el estilo y el punto de vista del autor, de forma que la valoración estético-artística queda sólidamente asentada en criterios racionales y de buen gusto.

«Clarín» y Díez-Canedo —si es que llegaron a conocerse— puede que no tuviesen relación personal alguna, ya que cuando murió aquél, Díez-Canedo aún no había estrenado sus armas literarias. Sin embargo sí mantuvo una relación personal con doña Emilia Pardo Bazán, incrementada por dos hechos diferenciadores de cierta importancia; uno que el ser mujer colocaba a la Pardo Bazán en cierta situación de privilegio entre los escritores y críticos de la época; otro, que la condesa vivió más años y se dejaba ver más que Clarín por los círculos madrileños en que se movía Díez-Canedo. Concretamente la labor crítica de doña Emilia en «El Sol» es importante.

La Pardo Bazán en sus numerosos tratados y artículos críticos se proponía comprender y explicar la obra objeto de su estudio y lo hacía con un recio desenfado, con cierto alarde de erudición y desde una actitud polémica de defensa de sus puntos de vista a pesar de que ella decía que la crítica no era inmutable ni dogmática, sino relativa, y que los juicios de valor estético debían estar sometidos a un proceso de revisión que evolucionaba acorde con la dinámica de los acontecimientos históricos.

2. La mayor parte de sus artículos sobre literatura hispanoamericana están reunidos y recogidos en su libro *Letras de América* (México, El Colegio de México, 1944).

Tanto en Maeztu, en Unamuno, como en Azorín, se dan una serie de preocupaciones comunes: la ética, el tiempo, y los valores esenciales de España, pero la acentuación o polarización en determinado sentido de alguno de los intereses reseñados es lo que determina la diferente personalidad y orientación crítica de cada uno.

Maeztu es, ante todo, ensayista y periodista. Predominan en él las cuestiones ideológicas y éticas orientadas más hacia la actividad política que a la literaturatura. Él continúa, dentro del socialismo, la ideología intelectual krausista; sus artículos críticos versan sobre los problemas cotidianos, las cuestiones de estructura social, política y económica de la Nación antes que lo individual, porque el individualismo es el origen del retraso español, lo que ha impedido a España asimilar el «ente» colectivo europeo por donde debe comenzar nuestra regeneración. Consecuente con esta actitud Maeztu no se ocupa de la estética, ni de los valores formales, ni del creador literario; la obra literaria le interesa como hecho científico, como conjunción del arte con la moralidad, como «ente» que tiene una finalidad colectiva objeto de estudio.

Las relaciones de Díez-Canedo con Maeztu se circunscriben más al campo de acción política que al literario y se enmarcan en unas coordenadas ideológicas entre regeneracionistas y socialistas.

La crítica que hace Unamuno acentúa la preocupación ética que tenía la de Maeztu y se fija en la función moral y política que cumple la obra literaria, en cambio difiere en el enfoque individualista que tiene y es radicalmente distinta en lo que al creador literario se refiere porque en Unamuno el escritor vive un drama existencial al que don Miguel dedica un buen número de sus reflexiones críticas. Parece que Díez-Canedo y Unamuno coincidieron en determinados actos públicos, culturales y políticos. Unamuno sintió curiosidad y alabó la obra poética inicial de Díez-Canedo, pero se iba distanciando cada vez más, a medida que pasaban los años y se situaban de distinta manera ante la política. De entre todos los críticos que estudiamos en este apartado con el que más relación mantuvo Díez-Canedo fue con Azorín, de quien nos ocuparemos ahora brevemente. Es muy conocida su postura crítica estrechamente ligada con el ambiente, la historia, las costumbres y la civilización de los españoles. Con el acopio de materiales que le proporciona la historia de la literatura Azorín pretende reconstruir la patria, atento siempre a nuestras posibilidades históricas; intenta dar sentido a la literatura clásica en nuestra cultura moderna; así el poeta autor del *Poema de Mio Cid*, Juan Ruiz, Fernando de Rojas y

Cervantes reflejarían la tradición y las formas de vida de su época; Berceo, Santillana, Garcilaso y Rosalía de Castro describirían un paisaje, el de su época en términos realistas; Quevedo, Gracián, Jovellanos, Cadalso y Larra marcarían hitos en la tradición del espíritu crítico español. Según esta forma de proceder y con un enfoque crítico basado en la sensibilidad como vía fundamental de indagación, Azorín va hablando de su cultura contemporánea española como enraizada en la tradición literaria.

Los artículos críticos de Azorín sobre Díez-Canedo tienen una actitud positiva. En *Ultramarcos* (Barcelona, EDHASA, 1966, pp. 108-111) Azorín alaba las finas cualidades líricas y la perspicacia de Díez-Canedo que ha sabido condensar en las breves composiciones de su libro, *Epigramas Americanos*, el espíritu del paisaje y las gentes de América. En *Escena y Sala*, «Defensa de Díez-Canedo» (Obras Completas, Madrid, Aguilar, 1948, t. VIII, pp. 983-986), Azorín defiende a Canedo como crítico que sabe discernir, con independencia de criterio, lo válido y permanente, de lo episódico y accidental. Por su parte Díez-Canedo se ocupó en algunos artículos periodísticos de obras de Azorín y lo hizo con tanta honestidad que no dudó, a pesar de la amistad, en censurar aspectos que en el teatro de Martínez Ruiz no parecen demasiado convincentes.

Mayores que Díez-Canedo, aunque coinciden plenamente con él durante los años que ejerció la crítica, son: Menéndez Pidal y José Ortega y Gasset. No nos vamos a detener apenas en ellos, pero por razones distintas. Menéndez Pidal, cuya importancia en la investigación y en la interpretación de los hechos históricos y literarios es capital durante el siglo xx no tuvo particular influencia ni relación personal con Díez-Canedo³.

Ortega, que llenó también el siglo en múltiples aspectos, como son el filosófico, el político, el literario, e incluso el científico, adquiere especial relieve al tratar de Díez-Canedo por su vinculación con el periodismo ya que, como sabemos, casi toda la obra crítica de Canedo apareció en diarios y revistas. Ortega estimaba las buenas cualidades de Díez-Canedo y estuvo algún tiempo bastante ligado al pensa-

3. No quiero decir con lo anterior que Díez-Canedo no conociese ni la persona, ni la obra de M. Pidal: le conocía personalmente y estimaba su obra, pero se movían en círculos distintos. Podemos aducir como muestra de la estima en que tenía Díez-Canedo la obra de Menéndez Pidal un artículo aparecido en «El Sol» (9-II-1922), titulado, «El nuevo Cid».

miento político de Ortega, pero una serie de circunstancias personales les fueron alejando progresivamente el uno del otro.

Vamos a estudiar ahora la relación de don Enrique con los críticos rigurosamente contemporáneos suyos y con algunos más jóvenes que él.

Eduardo Gómez de Baquero (Andrenio). Puede representar al crítico arquetípico de la época porque colaboraba en publicaciones periódicas, y a pesar de que sus artículos siguen teniendo hoy un interés indudable, apenas se conocen, sino al que parecen abocados varios críticos de esta generación.

Centra Gómez de Baquero sus estudios sobre temas de la historia de la literatura y sobre la relación que contrae la obra con el público. Le interesa el estudio sociológico de todo el entramado de situaciones que existen y conectan al autor con su obra y a ésta con el público. Bajo esta perspectiva se ocupa principalmente del ensayo y de la novela.

No dedicó Gómez de Baquero una atención relevante a la lírica, aunque entre sus escritos se encuentran algunos sobre poetas como Góngora, Antonio Machado, Gerardo Diego, García Lorca, Jorge Guillén, Zorrilla, Campoamor, el propio Díez-Canedo y los hispanoamericanos: Torres Bodet, Xavier Villaurrutia, Enrique González Martínez y algún otro⁴. Cuando «Andremio» publicó un libro sobre la novela española titulado *Novelas y novelistas*, el propio Díez-Canedo hizo un artículo crítico⁵ en el que no duda en calificar al libro de Gómez Baquero como «el más interesante que existe sobre la novela española actual» y a la vez que advierte ciertas omisiones como serían las de Palacio Valdés, Blasco Ibáñez y Gabriel Miró, alaba la inclusión y los acertados estudios que existen sobre Galdós y Pío Baroja, y con menor extensión los de Valle Inclán, Unamuno, Azorín, Pérez de Ayala y la Condesa de Pardo Bazán. También estudió Díez-Canedo los aspectos de crítico y de ensayista de «Andremio»⁶ e insiste en sus buenas cualidades como autor en ambos géneros literarios.

4. Gómez de Baquero comenta el libro de Canedo, *Epigramas Americanos* y encuentra en él notas positivas y de interés.

5. Enriue DÍEZ-CANEDO, *Conversaciones Literarias, I*, México, Joasuin Mortiz, 1964, segunda edic. aumentada.

6. Enrique DÍEZ-CANEDO, *Conversaciones Literarias, III*, op. cit., pp. 15-21 (Antes apareció en «El Sol» en 1924 con el título de «Andrenio, crítico y ensayista»).

José María Salaverria.

Salaverria considera la obra literaria como un ente con una función moral, social y política y desde estos presupuestos realiza sus análisis críticos, que los centra en figuras y escritores del 98, ya que su preocupación fundamental es el problema de España visto desde una actitud negativa. Más que los libros que publicó nos interesan en este estudio los artículos periodísticos aparecidos en «La Nación» de Buenos Aires, que le conectan de lleno con el Continente de habla hispana, lo mismo que sucedía con Díez-Canedo.

Andrés González Blanco.

El grupo de críticos rigurosamente contemporáneos de Díez-Canedo no está constituido por personalidades muy relevantes, sin embargo el conjunto tiene tanto interés y ofrece tantas conexiones con la crítica moderna como la de los críticos precedentes, a pesar de que entre ellos se encontrasen individualidades muy notables. Los defectos de los críticos del grupo se pueden personificar en Andrés González Blanco, que en su tiempo adquirió fama de erudito, y sin embargo hoy está algo olvidado ya que no aporta ni métodos críticos, ni un sistema claro, ni juicios valorativos, sino que por el contrario, acumula adjetivos generalizadores y largas digresiones admirativas que no aportan casi nada nuevo, ni para la comprensión, ni en el análisis de la obra.

Díez-Canedo ya advirtió en su colega algunas deficiencias y leyendo con sumo cuidado el artículo «Eça de Queiroz», *Conversaciones Literarias, I* (p. 141), se advierte una fina ironía que avisa de las poco loables cualidades de González Blanco como traductor, que por otra parte, es también un indicio casi seguro de que, en su opinión, la obra total de A. González Blanco no está demasiado bien hecha. José M.^a Martínez Cachero, que hace un perspicaz análisis de la crítica de González Blanco⁷, reconoce estos defectos que hemos señalado, pero muestra cumplidamente cómo obedecen, en gran medida, a unas constantes de la crítica modernista, que a pesar de los defectos constituye una fuente imprescindible para trazar la historia de aquella época.

Los defectos, algo atenuados, veremos que se repiten en Cansinos Asséns con el que tenía muchos puntos comunes Andrés González Blanco.

7. José M.^a MARTÍNEZ CACHERO, *Andrés González Blanco: una vida para la literatura*, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1963.

Rafael Cansinos Asséns fue un crítico distinguido y rigurosamente contemporáneo de Díez-Canedo. Colaboraba con cierta asiduidad en la prensa periódica y sus artículos de crítica inmediata, aparecidos en «La Tribuna», «La Libertad» o «La Correspondencia de España» eran seguidos con cierta atención.

Como buen número de los críticos de la época dedicó parte de su esfuerzo a la labor de traductor, ya que en su caso concreto fue meritoria. Destacan las versiones que hizo de Goethe y de Dostoyevski.

Por lo que a la crítica se refiere, se puede decir que adopta una postura tolerante y amplia, a veces de excesiva benevolencia porque juzga excesivamente positivas, sobre todo, las obras de los modernistas, con los que se sintió identificado y con los que le unían lazos de amistad.

Podríamos decir que su actitud crítica es antagónica de la de Julio Casares en *Crítica profana* (1916) donde se muestra como grave censor del estilo y fustigador de todo tipo de influencias de unos escritores en otros. Tal vez la inclinación hacia el modernismo, que citábamos antes, favorecía la práctica de una crítica subjetiva, de una valoración positiva y de una estimación personal que corre el riesgo de monvertirse en una actitud lírica y consiguientemente en una falta de rigor, pero, en este sentido, Cansinos no difiere de los demás críticos novecentistas, que más que aplicar un esquema crítico rígido, se guiaban por la intuición, el buen gusto y la erudición personal como sucede con Andrés González Blanco, o con nuestro Díez-Canedo. Las diferencias que observamos entre ellos se deben a múltiples detalles de cultura, carácter, erudición buen gusto y en última instancia a la perspicacia y erudición crítica. De algún modo estos críticos, como no aplicaban ningún esquema rígido, debían poseer unos conocimientos muy sólidos porque, de lo contrario, arriesgaban mucho al hacer crítica de lo momentáneo, y una prueba de su sabiduría y de la bondad de su crítica es que sus juicios constituyen una fuente documental de primerísima importancia.

No permaneció Cansinos al margen de los movimientos literarios contemporáneos, sino que tomó partido y se entusiasmó por la obra globalmente considerada, pero sobre todo, por los valores estéticos de poetas y prosistas, entre los que cabría destacar, por la extensión que les dedica, a José Mas y a Concha Espina. Donde mejor muestra Cansinos sus cualidades de crítico de lo inmediato es en los cuatro tomos de *La nueva literatura*.

Como Díez-Canedo, se interesa por la marcha de las letras hispano-

americanas y publica *Verde y dorado en las letras americanas*, que es un conjunto de semblanzas e impresiones acerca de escritores de habla hispana del Nuevo Continente.

Quiero destacar que jugó un papel importante en la aparición del Ultraísmo, pero no se comprometió con el movimiento, él hizo de guía y maestro, pero su actitud no fue ni militante ni decididamente creadora.

Resulta curioso comprobar cómo algún Manual de bibliografía cita a Cansinos como fuente de noticias acerca de Díez-Canedo cuando es inexacto, ya que Cansinos sólo habla de don Enrique de pasada, aunque sí en términos bastante elogiosos. Díez-Canedo hace lo mismo con Cansinos. Su trato no debió ser ni muy frecuente ni muy íntimo. Se respetaban. Díez-Canedo parece que reconoce el liderazgo de Cansinos entre los ultraístas y en ciertos círculos de escritores jóvenes, y Cansinos admitía el papel de primera figura que representaba Díez-Canedo en el mundo de la prensa periodística y en las editoriales madrileñas.

Don Enrique tuvo bastante más relación con otro crítico nada desdenable, Manuel Azaña, que se distinguió por una afición y un interés grandes por las cuestiones literarias y a pesar de que la política activa no le dejaba mucho tiempo libre es autor de una novela, *El jardín de los frailes*; una obra de teatro, *La corona*, y numerosos artículos de crítica literaria, entre los que destacan los que hablan de don Juan Valera y el Quijote. Muestra en sus escritos un interés primordial por lo biográfico personal, no como mera acumulación de detalles, sino como un conflicto, un drama, o una tensión provocada por el compromiso entre inteligencia y política, voluntad y vocación intelectual, vocación y actividad pública, o, en el caso del Quijote, como interpretación de un proceso interior previo operado en la mente del artista con tal intensidad que permite a una obra del pasado prolongar su interés a través de la historia. Con todo la principal labor crítica de Azaña, no se encuentra en sus artículos, sino en la actitud de defensa de los valores literarios y culturales, que podemos advertir en dos hechos fundamentales; uno, su actividad intelectual en el Ateneo de Madrid, que va desde la simple presencia como ateneísta, hasta el desempeño de la presidencia del mismo, pasando por siete largos años en los que actuó como secretario; y otro, la fundación de la revista literaria «La Pluma». Díez-Canedo está siempre próximo a la obra y a la persona de Azaña. Hace la crítica favorable de *La Corona*, asiste al Ateneo, colabora decididamente en la fundación de «La Pluma» y desempeña fielmente misiones diplomáticas y culturales por

encargo de Azaña. Hubo entre ellos una buena amistad motivada tanto por la coincidencia en múltiples facetas ideológicas y políticas cuanto por la mutua valoración de sus cualidades literarias y críticas.

Creo que conviene hablar ahora de Melchor Fernández Almagro, crítico que no mantiene mucha relación con Díez-Canedo pero que encaja perfectamente dentro de las cualidades que reiteradamente venimos señalando en este grupo, como pueden ser sus colaboraciones en revistas, como «Cruz y Raya», «Revista de Occidente», «La Gaceta Literaria», y en periódicos como «La Voz», «La Época», «El Sol», y «A.B.C.». Perteneció a las Academias de la Lengua y de la Historia y escribía unos artículos muy documentados, preferentemente sobre temas de los siglos XIX y XX.

De entre sus libros destacan dos de enfoque biográfico-crítico, *Vida y obra de Angel Ganivet* y *Vida y literatura de Valle Inclán*.

En ocasiones sus críticas literarias en la prensa han sido tachadas de excesiva benevolencia, defecto o característica de casi todo el grupo; y que nosotros habíamos señalado como dominante en Andrés González Blanco. Fernández Almagro solía contestar, cuando se le censuraba su postura, que la crítica no estaba reñida ni con la educación, ni con las buenas costumbres.

Tampoco es mucha la relación de Díez-Canedo con Salvador de Madariaga, al contrario de lo que sucedía con su hermano el escultor Emilio de Madariaga con el que tenía trato más frecuente.

Salvador es un escritor trilingüe y un ensayista que abarca múltiples calas en la literatura y en la cultura españolas ya que a través de ellas intenta definir el genio nacional de España. Personajes arquetípicos a los que aplica una crítica psicológica le van a servir para establecer paralelismos y diferencias con otras literaturas mediante un método comparativo.

La crítica de Madariaga con estas características ya es diferente en muchos aspectos de la vida hasta aquí. Díez-Canedo se ocupó de Madariaga, por lo menos en tres ocasiones. En las páginas de «El Sol» destaca la habilidad y las buenas cualidades con que traslada romances españoles al inglés y señala cómo aparece en la obra de Madariaga la atención al «carácter nacional» que ya habíamos citado como definidor de su crítica.

A pesar de que son rigurosamente contemporáneos de los críticos vistos, Ricardo Baeza y Ramón Pérez de Ayala forman un grupo aparte en el sentido de que su crítica lejos de ser amable y benévola se ca-

racteriza por cierta dureza y, a veces, incluso, por la acritud de sus juicios.

Ricardo Baeza colaboró bastante en «El Sol», periódico en el que, como sabemos, Díez-Canedo ofrecía sus artículos críticos sobre cuestiones literarias y de actualidad. Las colaboraciones de Ricardo Baeza reflejan una extensa cultura literaria y su labor crítica pretende ser, además, creadora, ya que al proceder así la obra objeto de análisis resulta enriquecida doblemente. Su actitud negativa y contraria hacia el barroco y el romanticismo hace que no comprenda nuestra cultura literaria del Siglo de Oro, ni los movimientos de vanguardia enraizados de diversas maneras con lo barroco y lo romántico. En cambio Pérez de Ayala dirigió sus principales dardos de crítico severo contra el teatro de Benavente en el que encuentra innumerables fallos de carácter temático, formal y de inconsistencia de caracteres. Sus artículos críticos aparecían, por lo general, en la prensa periódica: «La Lectura», «El Sol», «El Imparcial», «España», lo que explica, como en el caso de los anteriores críticos, que todos ellos tuviesen relaciones de amistad. Como, por otra parte, en la redacción de algunos periódicos y revistas se formaban, con carácter más o menos ocasional, ciertas tertulias, éstas favorecían la comunicación humana. El caso de Pérez de Ayala con respecto a Díez-Canedo se puede citar como normal. Pérez de Ayala frecuentaba la amistad de ciertas personas, entre las que se cuenta Juan Ramón Jiménez, que era íntimo de Canedo; pero entre Azaña y Ortega y Gasset se decantó por este último, mientras que las preferencias de don Enrique eran distintas. Como críticos ya hemos dicho que ambos contribuyen al esplendor del periodismo de la época y ambos hacen un análisis del teatro contemporáneo, pero mientras Díez-Canedo se fija más en el tema desde el punto de vista histórico-literario, las influencias de otros autores, los valores formales y la realización escénica, Pérez de Ayala se preocupa por los aspectos morales, las relaciones entre el público y el autor, el juicio y comparación de obras y autores; y en lo que al teatro se refiere por lo dramático como género literario. Y tal vez la nota que más separa a nuestros críticos sea la postura ante la crítica y los autores: más negativa en Pérez de Ayala. Podríamos hablar de que don Ramón se dedica a amputar el miembro enfermo, mientras Díez-Canedo diagnóstica y procura curar la enfermedad detectada.

También debemos señalar en este panorama de los críticos contemporáneos de Díez-Canedo al catalán José Ixart, a Antonio de Valbuena, a «Ángel Guerra (seudónimo de José Betancourt Cabrera), que

con un estilo colorista señala ciertos aspectos interesantes del modernismo, a Ramón D. Perés, a Rafael Altamira, que destaca como crítico inmediato e historiador, a Francisco Navarro y a Ramón María Tenreiro, crítico de «La Lectura», traductor y autor en el que Díez-Canedo encuentra notables cualidades, que pone de relieve en un artículo titulado «Ramón María Tenreiro», aparecido en «La Nación» de Buenos Aires (26-VIII-1928).

No menos importancia que estos últimos citados tuvo José Francés, periodista de fama, relacionado con el grupo de los autores de «La Novela Corta» y amigo de Díez-Canedo. Tras la publicación de *Elementos de literatura española e hispanoamericana* de Rufino Blanco y Sánchez ambos críticos señalaban, en correspondientes artículos, múltiples deficiencias del libro. Destaco esta coincidencia porque ante una crítica predominantemente benévola, si la ocasión lo requiere, críticos serios, como Díez-Canedo y José Francés reaccionan con toda dureza.

Para que estas relaciones entre don Enrique y los críticos contemporáneos quedasen completas deberíamos extendernos y considerar la obra del venezolano Rufino Blanco Fombona y la del mejicano Alfonso Reyes, pero nos iríamos más lejos de los límites que nos hemos impuesto.

También se encuentran en relación con Díez-Canedo unos cuantos escritores que, como Eugenio D'Ors, no son principalmente críticos literarios, pero hacían crítica con más o menos asiduidad.

Sin la importancia de Eugenio D'Ors, hay otros vinculados al periodismo y que entran en la época de Díez-Canedo. Si repasamos páginas de «El Sol» encontramos que José Alsina hizo durante mucho tiempo las crónicas de estrenos teatrales, que «Corpus Barga» escribía, a veces, sobre literatura, que Francisco Alcántara en sus gacetas informativas sobre «La Vida Artística» tocaba lo literario, y que en igual situación se encontraban las críticas de música de Adolfo Salazar.

También los profesores, Pedro Salinas, Jorge Guillén y Gerardo Diego, que en ocasiones hacían crítica, conocían y frecuentaban a Díez-Canedo. Con Gerardo Diego tenía buena amistad. Paseaban y charlaban juntos.

No debemos olvidar a Juan Chabás, poeta, novelista y crítico, autor de una obra, *Literatura española contemporánea*⁸, en la que incluye algunos nombres relegados, por múltiples razones; y entre ellos está

8. Juan CHABÁS, *Literatura española contemporánea*, La Habana, Cultural, S.A., 1952.

el de Díez-Canedo, del que trata con notable profundidad y con cierta extensión.

Como Díez-Canedo también colaboró en la «Revista de Occidente» mantiene cierta relación con Fernando Vela, que fue, además de secretario de la citada revista, director de «El Sol»; y cuyas ideas críticas, muy personales, se encuentran en el campo de la estética.

En la «Revista de Occidente» conocía Díez-Canedo, además de a Vela, a otros, como Antonio Marichalar, Antonio Espina y Benjamín Jarnés.

Con Guillermo de Torre tiene numerosos lazos por afinidades críticas, como son el interés por Hispanoamérica y las literaturas de vanguardia.

Con José Bergamín y sobre todo con Max Aub le unen, además de la crítica, la amistad y después el destierro.

La labor de Cipriano Rivas Cherif en «La Pluma» y en los teatros madrileños, en muchos aspectos es una labor crítica y Díez-Canedo se encuentra muy ligado a ella.

Hemos dejado voluntariamente para este final al grupo de críticos de la Escuela de Menéndez Pidal. Casi toda la labor de investigación e interpretación de los hechos históricos o literarios durante la mayor parte del siglo xx tiene que ver con este grupo de críticos. El quehacer intelectual sitúa muy pronto a Amado Alonso y a Angel del Río fuera de nuestra patria en un momento en el que Díez-Canedo bullía en la cumbre de su fama en los círculos madrileños. Por esto no podemos pronunciarnos y hablar de una relación continuada entre ellos.

Con Dámaso Alonso sí que tuvo un trato bastante frecuente, aunque las relaciones no fueran lo que se dice de «amistad», porque Díez-Canedo mantenía ya una distancia generacional⁹, como se puede apreciar en un interesante artículo publicado en «La Nación» de Buenos Aires (18-IX-1927), en el que Canedo habla de la mocedad del que entonces era incipiente crítico y profesor.

No encarecemos la aportación de Dámaso Alonso como continuador de unos estudios que alternan lo tradicional y la innovación en la historia de la literatura, ni como crítico literario en el campo de la estilística porque ya se ha hecho en estudios específicos, sino que nos limitamos a advertir que existe cierta coincidencia, no profunda, sobre

9. Dámaso Alonso en una carta que me escribió el 5-IX-1975 me confirma que se conocía y se trataba con Díez-Canedo, pero que existía cierta «distancia» en sus relaciones. Dámaso se siente, no obstante, muy satisfecho y agradecido por el artículo que he citado en el texto.

todo en el aspecto de la «innovación», con la labor crítica de Díez-Canedo.

Creo que la relación crítica (no sé si personal también) más importante con los de este grupo se centra en Américo Castro y Federico de Onís. Este último desarrolló una labor muy valiosa en la Universidad de Columbia y en la de Puerto Rico; se preocupó por la permanencia de lo español en América, alentó y protegió a numerosos emigrados españoles entre los que se encuentran algunos amigos de Díez-Canedo como es el poeta zamorano León Felipe, e incluyó en su *Antología de la literatura española e hispanoamericana* (1882-1932) a Díez-Canedo como poeta posmodernista, hecho que tiene mucha trascendencia, porque la *Antología...* de Onís aporta conclusiones para la historia del modernismo y, por tanto, contribuye a mantener vivo el interés por la poesía de Enrique Díez-Canedo.

Para concretar datos importantes de la relación de Díez-Canedo, como crítico, con Américo Castro, podemos referirnos a tres momentos. Uno, la conexión que ambos mantuvieron y la labor que realizaron como profesores y conferenciantes en el Instituto Escuela y la Residencia para Estudiantes. Dos, los artículos que Américo Castro iba publicando en «El Sol», entre los que cabe destacar uno titulado «Lope de Vega»¹⁰, en el que da una explicación existencial e histórica de la cultura española a través de la obra de Lope de Vega. Tres, la señera aportación de Américo Castro a la revista «Tierra Firme» de la que fue director Enrique Díez-Canedo.

José María FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ

10. Se trata de un artículo aparecido en «El Sol», 6 de marzo de 1919 en el que se recoge el interesante apéndice de Américo Castro a la obra *Vida de Lope de Vega*, cuyos autores son: H. A. Rennert y A. Castro, Madrid, 1919.

BIBLIOGRAFIA SELECTA SOBRE EL TEMA

- Emilia de ZULETA, *Historia de la crítica española contemporánea*, Madrid, Gredos, 1966.
- Sergio BESER, *Leopoldo Alas, crítico literario*, Madrid, Gredos, 1968.
- José BALSEIRO, «Emilia Pardo Bazán» en *Novelistas españoles modernos*, Nueva York, Mac Millan, 1933.
- C. BLANCO AGUINAGA, *Juventud del 98*, Madrid, Siglo XXI, 1970.
- Vicente MARRERO, *Maetzú*, Madrid, Rialp, 1955.
- Ramiro de MAEZTU, *Don Quijote o el amor*, edición de Alberto Sánchez, Salamanca, Anaya, 1964.
- Segundo SERRANO PONCELA, *El pensamiento de Unamuno*, México, F.C.E., 1964, segunda ed.
- Manuel GRANELL, *Estética de Azorín*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1949.
- E. INMAN FOX, *La crisis intelectual del 98*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1976.
- Eduardo GÓMEZ DE BAQUERO (ANDREMIO), *Pen Club. Los poetas*, Madrid, Renacimiento, 1929.
- Enrique Díez-CANEDO, *Conversaciones Literarias* (Tres series), México, Joaquín Mortiz, 1964.
- José María MARTÍNEZ CACHERO, *Andrés González Blanco: una vida para la literatura*, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1963.
- Julio CASARES, *Crítica profana*, Madrid, Colonial, 1916.
- Rafael CANSINOS ASSÉNS: *Poetas y prosistas del novecientos*, Madrid, América, 1919.
- Rafael CANSINOS ASSÉNS: *La nueva literatura*, Madrid, Páez, 1917.
- Juan MARICHAL, *La vocación de Manuel Azaña*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1971.
- Ramón PÉREZ DE AYALA, *Las máscaras*, Madrid, Imprenta Clásica, 1917.
- Aniano PEÑA, *Américo Castro y su visión de España y de Cervantes*, Madrid, Gredos, 1975.
- Guillermo de TORRE, «Las ideas estéticas de Ortega» en *El fiel de la balanza*, Madrid, Taurus, 1961.

